

Mejor que el Edén

**Nueve formas en las que la
historia bíblica cambia todo
sobre tu propia historia**

NANCY GUTHRIE

Mejor que el Edén: Nueve formas en las que la historia bíblica cambia todo sobre tu propia historia.

Copyright © 2022 por Nancy Guthrie
Todos los derechos reservados.
Derechos internacionales registrados.

B&H Publishing Group
Nashville, TN 37234

Diseño de portada e ilustración por Cole Londeree

Director editorial: Giancarlo Montemayor
Editor de proyectos: Joel Rosario
Coordinadora de proyectos: Cristina O'Shee

Clasificación Decimal Dewey: 231.72
Clasifíquese: REINO DE DIOS/VIDA CRISTIANA

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida ni distribuida de manera alguna ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos el fotocopiado, la grabación y cualquier otro sistema de archivo y recuperación de datos, sin el consentimiento escrito del autor.

Las citas bíblicas marcadas LBLA se tomaron de LA BIBLIA DE LAS AMÉRICAS, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso.

Las citas bíblicas marcadas NTV se tomaron de la Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas marcadas NVI se tomaron de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional®, © 1999 por Biblica, Inc.®. Usadas con permiso. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas marcadas JBS se tomaron de la versión de la Biblia del Jubileo (Jubilee Bible) © 2000, 2001, 2010, 2013 por Life Sentence Publishing, Inc.® Usadas con el permiso de Life Sentence Publishing, Inc., Abbotsford, Wisconsin. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas marcadas RVR1960 se tomaron de la versión *Reina-Valera 1960*® © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960; Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Utilizado con permiso. *Reina-Valera 1960*® es una marca registrada de las Sociedades Bíblicas Unidas y puede ser usada solo bajo licencia.

ISBN: 978-1-0877-3759-1

Impreso en EE. UU.

1 2 3 4 5 * 25 24 23 22

Como mujer que todavía tiene muchísimo que aprender pero que busca enseñar fielmente la Biblia, he tenido la bendición de estar rodeada de la enseñanza sólida, el ánimo personal, las opiniones útiles y la crítica bondadosa de diversos hombres capacitados en teología, y estoy sumamente agradecida.

Gracias, Dr. James Walters, por encender un fuego en mí en la Universidad John Brown con el primer trabajo que asignaste en la clase de vida cristiana sobre la gloria de Dios.

Gracias, Ray Ortlund Jr., por presentarme la teología bíblica y lo que significa ser reformado por gracia.

Gracias, Jean Larroux, por ser el primero en escuchar uno de mis mensajes y afirmar su presentación clara del evangelio.

Gracias, David Filson, por ser tan brillante, de manera que tuve que hablar contigo las ideas para este libro antes de empezar, por alentarme a cada paso del camino y por recomendarme a otros más allá de mi verdadera capacidad.

Gracias, Matt Bradley (¡y Leslie!) por su lectura meticulosa de este manuscrito y por la cuidadosa retroalimentación que siempre quise antes de enviar un libro al mundo.

Gracias, Nate Shurden, por ser un pastor tan sabio y fiel de tu grey, por orar fielmente por mí y por mi ministerio, y por ser una fuente constante de ánimo.

Por último, gracias a aquellos teólogos que me han ayudado tanto con este proyecto mediante conferencias grabadas, sermones, artículos y libros. Estoy especialmente agradecida a Greg Beale, J. V. Fesko, Ligon Duncan, Michael Horton y Lane Tipton.

Se pueden descargar en inglés preguntas de estudio bíblico personal para cada capítulo, y una guía para líderes que incluye respuestas posibles para el estudio bíblico personal, así como una guía de preguntas para debatir en <http://www.nancyguthrie.com/even-better-than-eden>.

Contenido

| | |
|----------------------------------|-----|
| Introducción | 11 |
| 1 La historia del desierto | 15 |
| 2 La historia del árbol..... | 29 |
| 3 La historia de Su imagen | 45 |
| 4 La historia de la ropa..... | 61 |
| 5 La historia del novio..... | 75 |
| 6 La historia del sábat | 93 |
| 7 La historia de los hijos | 109 |
| 8 La historia de una morada..... | 125 |
| 9 La historia de la ciudad | 143 |
| Conclusión..... | 161 |
| Guía de debate | 165 |
| Notas | 175 |
| Bibliografía..... | 189 |

Introducción

Si te contara mi historia, probablemente hablaría del lugar donde empezó mi vida: en la ciudad de Kansas, Missouri; de mis padres: Claude y Ella Dee; de mi esposo David y mis hijos Matt, Hope y Gabriel. Te contaría sobre sucesos significativos en mi vida: dónde crecí, dónde fui a la universidad y empecé mi carrera, cómo conocí a David y me casé con él, cómo cambió mi vida con el nacimiento de mi hijo Matt, y cómo cambió aún más cuando mis hijos Hope y Gabriel murieron. Te contaría dónde vivo (en Nashville) y lo que hago allí día a día: escribo y enseño, evito el supermercado y el gimnasio, camino al parque con amigos, lavo la ropa, respondo correos electrónicos, edito mi *podcast*, voy a la iglesia, hago la cena, miro más televisión de lo que quisiera admitir y me voy a dormir. Todas estas cosas te dirían algo verdadero sobre mí y mi historia. Pero sencillamente, no serían los aspectos más significativos de mi historia. No serían las realidades más profundas que formaron mi pasado, presente y futuro.

Hay otra historia, una historia que se encuentra en las páginas de la Biblia —desde el libro de Génesis al de Apocalipsis— que forma y define de dónde vengo, por qué soy como soy, cómo es mi vida día a día y lo que me depara el futuro. Esta es la historia que explica mis alegrías más profundas así como los lugares vacíos, donde el contentamiento me esquiva. Esta es la historia que explica mi impulso para ser alguien y mi propensión a sentir que no soy nadie. Explica qué me hace llorar y por qué puedo reír. Esta historia explica mi deseo de dar una buena apariencia, mi anhelo de una buena vida, mi deseo de un hogar y seguridad, y mucho más.

Y lo sepas o no, esta misma gran historia —la historia que se encuentra en los 66 libros de la Biblia— también modela el mundo donde vives, la persona que eres y lo que quieres. Por esto tú y yo necesitamos conocer esta historia. Es ahí donde encontramos las respuestas a nuestras preguntas sobre lo que es verdaderamente importante ahora y en la eternidad. Esta historia tiene el poder de cambiar todo en nuestra historia.

Edén: donde tu historia comienza

La historia de la Biblia empieza en Génesis 1, cuando Dios crea los cielos y la tierra y coloca a Adán y a Eva en un jardín llamado Edén. Edén era deslumbrante y hermoso, y solemos imaginarlo como algo perfecto y supremo. A menudo hablamos de nuestros deseos para el futuro como la restauración del Edén o volver al Edén. Pero la realidad es que el Edén sobre el cual leemos en Génesis 1 y 2 todavía no era todo lo que Dios tenía en mente para Su creación. Era inmaculado; pero estaba incompleto. Derrochaba potencial; pero todavía no era todo lo que Dios quería para el hogar que compartiría con Su pueblo. Desde el principio mismo, Edén no fue creado para ser algo estático; tenía un rumbo.¹ De la misma manera, Adán y Eva todavía no eran todo lo que Dios quería para Su pueblo. No tenían pecado; pero todavía no eran gloriosos, al menos no tan gloriosos como Dios había planeado que fueran. Si Adán y Eva obedecían la Palabra de Dios para ellos, había algo mejor preparado.

No obstante, la triste historia del Edén es que Adán y Eva no obedecieron. Todo salió horriblemente mal en el Edén. Esta es la parte de la historia bíblica que explica por qué hay tantas cosas que salen horriblemente mal en nuestras historias. Es la parte de la historia que proporciona la respuesta más profunda a nuestros *porqués* en las heridas y tribulaciones que nos toca vivir.

Sin embargo, gracias a Dios, la historia que empezó en Edén no terminó ahí. El plan de Dios para Su mundo y Su pueblo no se vio frustrado por el pecado humano. Incluso ahora, Dios está cumpliendo Su plan de hacer mucho más que simplemente restaurar Su creación

al estado de integridad que implicaba Edén. Cristo vino a lograr lo que se necesitaba para abrirnos el camino, no solo de regreso al jardín del Edén, sino a un hogar que será aún mejor que Edén, y a una vida que será todavía mejor que la que disfrutaban Adán y Eva allí.

¿Cómo será mejor? De eso se trata este libro. Cada capítulo abordará un tema que corre desde Génesis hasta Apocalipsis y que revela un aspecto de las excelencias y las superioridades del cielo nuevo y la tierra nueva (a los cuales podríamos llamar Edén 2.0, el nuevo Edén, la nueva creación, la ciudad venidera o la Nueva Jerusalén), superiores no solo a la vida en este mundo afectado por el pecado donde vivimos actualmente, sino incluso superior a lo que Adán y Eva experimentaron en el Edén original.

Pero este libro no se concentra solo en lo que pasará cuando Cristo regrese y establezca el cielo nuevo y la tierra nueva, porque la gloria, la vida, la intimidad, la seguridad y lo nuevo de ese futuro no están reservados exclusivamente para el futuro. Todavía no lo experimentamos de manera plena y completa como lo haremos algún día, pero está irrumpiendo en el aquí y ahora. Piensa en la manera en que Marcos empieza su Evangelio comunicándonos la buena noticia que Jesús empezó a compartir al principio de Su ministerio. Jesús dijo: «el reino de los cielos se ha acercado». Con la encarnación de Cristo, la frescura que viene solo de Él empezó a irrumpir en este mundo. Después, en Su resurrección, esta frescura empezó a inundar el mundo. Y sigue haciéndolo, a medida que el evangelio sale y es abrazado por personas de todas las naciones. El poder del evangelio sigue trayendo vida donde hay muerte, esperanza donde hay desesperación, belleza donde hay devastación.

A medida que el evangelio sale al mundo y las personas se aferran al Cristo resucitado por fe, la nueva creación continúa transformando este mundo. A esto se refería Pablo cuando escribió: «Si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!» (2 Cor. 5:17, NVI). En otras palabras, estar unido al Cristo resucitado implica que la frescura y la gloria y la vida del mayor Edén irruman en tu vida aquí y ahora. Apropiarse de la gloria del futuro transforma tu sensación de vergüenza ahora. Un sentido establecido

de la seguridad del futuro alivia tu temor de la muerte ahora. Una sensación cada vez mayor de identidad como ciudadano del cielo cambia tu autopercepción ahora. Asimilar realmente la relación de amor que disfrutaremos para siempre llena nuestro corazón de afecto por Cristo ahora.

Pablo escribió que somos aquellos «a quienes han alcanzado los fines de los siglos» (I Cor. 10:11). Y si eso es cierto, queremos entender más sobre los fines de los siglos. Queremos ver lo que el jardín original tiene para mostrarnos sobre el jardín más seguro, más satisfactorio y más glorioso para el que estamos destinados a vivir para siempre, que será aún mejor que el Edén.

1

La historia del desierto



Te lo aseguro: soy la última persona del mundo que debería intentar enseñarte una palabra en otro idioma. En la escuela secundaria hice dos años de alemán, y dos semestres más en la universidad, y lo único que recuerdo es *ich bin*, que significa: «Yo soy». Ni siquiera recuerdo lo suficiente de alemán como para armar una frase completa con esas dos palabras. Una vez, después de hablar en una prisión de mujeres en Colombia, Sudamérica, quise poder saludar a cada mujer cuando venía a recibir el regalito que le habíamos llevado, y decirles en español: «El Señor te ama». Sin embargo, el idioma lo olvidaba continuamente. Mi esposo, David, tuvo que quedarse detrás de mí y repetirme la frase en español una y otra vez porque no había forma de que me saliera bien. ¿Quién sabe qué les habré dicho a esas mujeres?

Sin embargo, hay una frase en hebreo que quiero enseñarte, porque le añade muchísima dimensión a la historia que la Biblia cuenta, empezando con su primera frase. Además, es divertido decirla. ¿Listo? Aquí lo tienes: *tohu wabohu* (תהו ובהו).

Está ahí mismo, en las primeras oraciones de la Biblia. En la Biblia en español dice: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo» (Gén. 1:1-2). La Biblia empieza diciendo que Dios creó los cielos y la tierra y que estaba, en hebreo, *tohu wabohu*. Estaba «desordenada y vacía», o «un caos total» (NVI). *Tohu* significa «yermo caótico y sin forma», y *bohu* significa «vacío». Así que Génesis 1:2 nos dice que, cuando Dios creó los cielos y la tierra, al principio era un páramo inhabitable, un desierto desolado. No tenía ninguna forma. Era imposible que hubiera vida allí.

Supongo que siempre pensé que cuando Dios creó la tierra, la hizo con el poder de Su palabra tal como es. Pero evidentemente, lo que Dios creó con Su palabra era al principio una masa de materia sin forma, en la que nada podía vivir. Era la materia prima a la cual Dios le daría forma. Es más, había tres problemas significativos con la tierra cuando Dios la creó en primera instancia, según Génesis 1:2. No tenía forma, estaba vacía y oscura. Sin embargo, sí tenía esperanza. ¿Por qué? Porque «el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas» (Gén. 1:2). El Espíritu de Dios se movía (o sobrevolaba) por encima de la profunda oscuridad de la tierra sin forma, como una gallina sobre un cosmos sin eclosionar.¹ Algo estaba por suceder. Dios, mediante Su Espíritu, y a través de Su Palabra, estaba a punto de iluminar, ordenar y llenar Su creación.

Así que allí mismo, en el primer capítulo de la Biblia, descubrimos que *tohu wabohu* no es ningún problema para Dios. A medida que Su palabra «Sea...» sale de Su boca, y que la energía creativa del Espíritu se mueve, lo que estaba oscuro fue inundado de luz, lo que era un caos recibió orden, y lo que estaba vacío quedó lleno de vida, belleza y propósito.

Esta sí que es una buena noticia. Porque, aunque quizás no te resulte conocido el término *tohu wabohu*, la realidad que representa

sí puede resultarte dolorosamente familiar. Tal vez percibes que el lugar más profundo y sincero en tu interior es *tohu wabohu*: un vacío oscuro y siniestro. Quizás es un vacío producido por alguna pérdida. En algún momento, algo o alguien llenaba ese espacio en tu vida, pero ahora tu corazón se duele con el anhelo de lo que alguna vez fue. Ahora hay un espacio vacío en la mesa o una habitación vacía en la casa, o duermes en una cama vacía. En vez de tener planes y una sensación de propósito, una agenda y un futuro vacío se ciernen delante de ti. O tal vez el vacío en tu vida no está marcado por lo que alguna vez fue, sino por lo que nunca ha sido. Nunca hubo un anillo en tu dedo, un bebé en tu vientre o un título con tu nombre. Los sueños que a menudo has querido minimizar, por temor a que decirlos en voz alta de alguna manera termine aplastándolos, y por ende aplastándote, parecen estar fuera de alcance o del ámbito de la posibilidad. O quizás no puedes precisar exactamente por qué tienes esta sensación de vacío. Te das cuenta de que, en comparación con tantos otros que te rodean, tienes una buena vida. Sin embargo, tu alma alberga una sensación persistente de desilusión y descontento. A veces, parecería que la vida de casi todos los que te rodean está llena de propósito y significado, vida y amor, momentos divertidos y planes a futuro, lo cual pone de relieve el lugar vacío en tu vida.

A veces, tu sensación de vacío te acosa como un dolor persistente. Otras, te abruma como una agonía implacable. Tal vez has llegado a ver tu vacío como tu mayor problema. Tengo algo para decirte: Dios no lo ve así. Dios ve el vacío en tu vida como Su mejor oportunidad, porque hace Su mejor trabajo con lo que está *vacío*, llenándolo de Su ser.

Descontento en el jardín

Adán y Eva no tenían razón para sentirse vacíos. Su mundo estaba repleto de cosas buenas. Por donde miraran, encontraban todo aquello que Dios había creado con Su palabra y declarado que era bueno, incluso muy bueno. Los puso en un jardín paradisíaco, donde había plantado toda clase de árbol bueno para comer. Sencillamente, dijo:

«Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra» (Gén. 1:11). Y así fue. Y Dios vio que era bueno.

Cualquiera que haya luchado para lograr que un árbol o un arbusto se arraigue en un suelo resistente, o que se haya pasado el día arrancando malezas del jardín para terminar viendo cómo estas ahogan sus dulces frutillas, o cualquiera que haya intentado echar a los topos al patio del vecino (¿quién haría semejante cosa?) no se puede imaginar lo que debe haber sido esto. Nada se ponía marrón ni se marchitaba ni secaba en el Edén. El pinchazo de una espina nunca hizo que Adán saliera corriendo a buscar un apósito. Adán y Eva habían recibido la tarea de llenar la tierra, someterla y ejercer dominio sobre ella. De la misma manera en que Dios trajo orden al caos inicial de Su creación, Adán debía extender el orden a Edén. Juntos, Adán y Eva debían fructificar y multiplicarse, para que su progenie extendiera los límites de Edén, llenándolo de hombres y mujeres que, al igual que Adán y Eva, portaran la imagen de su Creador, de manera que «la tierra [fuera] llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar» (Hab. 2:14).

A la vida de Adán y Eva no le faltaba nada; tenían todas las razones para estar perfectamente contentos. Sin embargo, cuando la serpiente le sugirió a Eva que había algo que ella no tenía, algo que necesitaba para ser feliz (la sabiduría que obtendría al comer del árbol prohibido y la experiencia deliciosa de probar su fruto), Eva permitió que la perspectiva de la serpiente le diera forma a la de ella. En vez de contentarse con todas las cosas buenas que había recibido y que la rodeaban, Eva empezó a ver un lugar vacío en su vida, en su dieta, en su conocimiento y su experiencia. Su deseo de algo más, algo distinto que la provisión de Dios, junto con sus crecientes dudas sobre la bondad del Señor, la llevaron a buscar algo que pensó que la haría feliz y la satisfaría.

Ah, cómo se le debe haber vuelto amargo aquel bocado en el estómago a medida que caía en la cuenta de la realidad de lo que había hecho. Cómo debe haberle parecido tan tonto ese intento de alcanzar sabiduría, una vez que estaba del otro lado. Cuando Dios se volvió

después de maldecir a la serpiente y les dijo a Eva y Adán cómo los afectaría esta maldición, seguramente entendieron que lo que ella había considerado un deleite era en realidad un desastre. Las mismas cosas que estaban para darles tanta alegría y satisfacción ahora les traerían dolor y frustración. Tener hijos y criarlos en el mundo ahora infectado por el pecado sería doloroso. Su matrimonio de una sola carne con Adán ahora estaría lleno de fricciones. El trabajo de Adán sería frustrante en vez de satisfactorio. Adán debía labrar la tierra. Pero ahora, se enfrentaba a un suelo trabajoso. La tierra daría fruto, pero también espinas que penetrarían en la carne de Adán.

Aquella chispita de descontento que Eva se permitió en el jardín seguramente se transformó en un fuego ardiente después de que ella y Adán fueron exiliados al desierto salvaje que lo rodeaba.² Pero el descontento crónico que la acosaba también probó ser una misericordia. Probó ser un recordatorio constante de que el contentamiento pleno y duradero existe solo en la vida que se les había prometido si hubieran obedecido, si hubieran podido deleitarse para siempre en el fruto del árbol de la vida. Pero ahora, ¿cómo lo obtendrían? Había ángeles vigilando y evitando que volvieran a entrar al jardín.

Dios mismo abriría un camino para que Su pueblo entrara a un jardín aún mejor que el Edén. Empezó llamando a un hombre que vivía en Ur (Abraham) a que viviera en la tierra que Dios le daría. No había ningún ángel que protegiera la entrada a aquella tierra cuando Abraham entró, pero es interesante que, cuando su nieto Jacob se fue más adelante para buscar una esposa, luchó con un ángel antes de poder volver a entrar. Sobre el final de la vida de Jacob, sus hijos no estaban viviendo en la tierra, sino que eran esclavos en Egipto. Entonces, Dios envió un libertador que anunció al pueblo de Dios que había «descendido para librarlos de mano de los egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel» (Ex. 3:8). Parecería como un nuevo Edén, ¿no?

Descontento en el desierto

Por desgracia, el camino a esta tierra edénica conllevó un desvío de 40 años en el desierto. Allí fue donde asomó la cabeza el descontento inherente a la vida en el desierto. Podemos leer al respecto en el libro que llamamos Números, pero que originalmente estaba titulado: «En el desierto». Moisés nos dice:

Y la gente extranjera que se mezcló con ellos tuvo un vivo deseo, y los hijos de Israel también volvieron a llorar y dijeron: ¡Quién nos diera a comer carne! Nos acordamos del pescado que comíamos en Egipto de balde, de los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos; y ahora nuestra alma se seca; pues nada sino este maná ven nuestros ojos. (Núm. 11:4-6)

No es que no tuvieran nada para comer. Es que querían algo además del maná que Dios hacía caer sobre ellos cada día. En realidad, no tenían el estómago vacío. Sin embargo, sí tenían una sensación de vacío. Nos resulta algo familiar, ¿no? Igual que Adán y Eva, que tenían la libertad de comer de todo árbol del jardín excepto de uno, ¿y aún así se sentían privados? (Igual que yo cuando pido una Coca Cola dietética y el mesero dice: «¿Está bien una Pepsi dietética?»).

Cuarenta años después de que los israelitas permitieran por primera vez que su apetito le abriera la puerta a la queja, cuando sus hijos se preparaban para salir del desierto y entrar a la tierra que Dios había prometido darles, Moisés explicó por qué Dios había permitido que experimentaran un estómago vacío en primer lugar: «Y te afligió, y te hizo tener hambre, y te sustentó con maná, comida que no conocías tú, ni tus padres la habían conocido, *para hacerte saber* que no sólo de pan vivirá el hombre, mas de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre» (Deut. 8:3).

«Te hizo tener hambre». Permitió que sintieran su vacío. ¿Por qué? Para que sus puntadas de hambre, su descontento, los llevara a considerar cuidadosamente qué los satisfaría en forma plena, qué los llenaría. No era tan solo comida picante. Era una palabra divina, una presencia divina, una promesa divina, un poder divino para vivir con

menos de todo lo que tal vez querrían en el desierto de este mundo. ¿Alguna vez consideraste el vacío que sientes a la luz de esto?

¿Te parece, quizás, que Dios te ha dejado pasar hambre de lo que sea que tienes tanta hambre para que aumente tu desesperación por Él, y te convenzas más de que Él es la fuente de lo que te llenará? ¿Crees que tal vez desee reentrenar tus apetitos, para redirigirlos fuera de este mundo, esta vida, incluso esta era, de manera que tu anticipación de la era venidera empiece a formar tu perspectiva respecto a lo que sea que te falta?

A medida que se preparaban para entrar a la tierra, Moisés le transmitió al pueblo esta promesa de Dios:

Si obedeciereis cuidadosamente a mis mandamientos que yo os prescribo hoy, amando a Jehová vuestro Dios, y sirviéndole con todo vuestro corazón, y con toda vuestra alma, yo daré la lluvia de vuestra tierra a su tiempo, la temprana y la tardía; y recogerás tu grano, tu vino y tu aceite. Daré también hierba en tu campo para tus ganados; y comerás, y te saciarás. Guardaos, pues, que vuestro corazón no se infatúe, y os apartéis y sirváis a dioses ajenos, y os inclinéis a ellos; y se encienda el furor de Jehová sobre vosotros, y cierre los cielos, y no haya lluvia, ni la tierra dé su fruto, y perezcáis pronto de la buena tierra que os da Jehová. (Deut. 11:13-17)

Ah, cómo deseáramos que hubieran aprendido las lecciones que tenían que aprender durante esos 40 años en el desierto. Evidentemente, no lo hicieron. En vez de vivir de toda palabra que sale de la boca del Señor, consumieron todo lo que les servían los cananeos que vivían en la tierra. Aquello que Moisés les había advertido que sucedería si no obedecían a Dios se transformó en una dura realidad. Dios usó el ejército de Babilonia para traer juicio sobre Su pueblo. Como consecuencia de su destrucción, la tierra de la leche y la miel se transformó en un desierto. El profeta Jeremías describió cómo quedó Israel después de que las tropas de Babilonia descendieran sobre ellos:

Miré a la tierra, y he aquí que estaba *asolada y vacía*; y a los cielos, y no había en ellos luz. [...]

Miré, y he aquí el campo fértil era un desierto, y todas sus ciudades eran assoladas delante de Jehová, delante del ardor de su ira. (Jer. 4:23, 26)

¿Viste allí nuestra nueva frase en hebreo, *tohu wabohu*? Jeremías toma prestado lenguaje de Génesis 1:2 para describir la condición de Judá bajo la devastadora destrucción del ejército babilonio. Una vez más, la tierra había quedado «asolada y vacía», *tohu wabohu*. Habían recibido una tierra de leche y miel, y ahora había quedado transformada en un desierto estéril. Vacía de belleza. Vacía de vida. Vacía de gozo.

Pero este no fue el final de la historia. Jeremías también recibió una visión de lo que habría de venir cuando el pueblo de Dios dejara atrás su existencia desértica en Babilonia para regresar a casa. Profetizó: «Y vendrán con gritos de gozo en lo alto de Sion, y correrán al bien de Jehová, al pan, al vino, al aceite, y al ganado de las ovejas y de las vacas; y su alma será *como huerto de riego*, y nunca más tendrán dolor» (Jer. 31:12).

¿Un «huerto de riego»? ¿Cómo sucedería esto? ¿Cuándo sucedería?

Contentamiento en el desierto

La verdadera restauración empezó siglos después con el sonido de una sola voz, la voz del mensajero, Juan el Bautista:

Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. (Mat. 3:3)

Tal como el Espíritu se movía y la Palabra salió y el oscuro vacío fue lleno de luz y vida en la creación, en el comienzo de la nueva creación, el mismo Espíritu se movió sobre el vacío oscuro del vientre de una virgen. A María se le dijo: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios» (Luc. 1:35). Una vez más, la Palabra salió, pero esta vez, en vez de hacerlo con poder creativo, lo hizo en forma humana. «Entonces la Palabra se hizo hombre

y vino a vivir entre nosotros» (Juan 1:14, NTV). Dios inundó el mundo con Su bondad, al entrar en la persona de Jesucristo.

Jesús, el segundo Adán, el verdadero Israel, dejó la tierra celestial de la leche y la miel y entró al desierto de este mundo con todos sus cardos y sus espinas. Podemos verlo al principio de Su ministerio: «Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo» (Mat. 4:1). Así como Satanás había entrado al jardín para tentar a Adán y a Eva, el diablo también entró al desierto para tentar a Jesús. Así como Satanás torció la Palabra de Dios, avivando el fuego del descontento con la provisión de Dios de comida y sugiriendo que Adán y Eva podían conseguir por su cuenta la gloria que Dios había prometido, en lugar de confiar en que Él se las diera, el diablo también torció la Palabra de Dios para su propio fin malvado, sugiriendo que Jesús usara Su poder para alimentarse, en lugar de confiar en que Dios le proveería comida. Tentó a Jesús a aferrarse a la gloria satisfaciendo Sus deseos, en vez de esperar la gloria que vendría al someterse a la cruz. Pero en lugar de caer presa de lo que dijo el tentador, Jesús respondió citando las palabras que Dios había hablado a través de Moisés a Su pueblo en el desierto: «No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mat. 4:4; corp. Deut. 8:3).

Mateo nos dice que después de que Jesús aprobó la prueba de la tentación en el desierto, «vinieron ángeles y le servían» (Mat. 4:11). Qué experiencia tan distinta a la del primer Adán. Los ángeles se habían puesto en contra de aquel primer Adán como adversarios para evitar que regresara del desierto al jardín. Y qué resultado tan distinto también al que produjo el primer Adán. Debido a que el primer Adán no obedeció en un jardín, toda la humanidad fue catapultada al desierto. Pero gracias a la disposición del segundo Adán de obedecer en el desierto, se nos abrió un camino de regreso a un jardín aun mejor que el Edén.

Jesús empezó asegurándoles a aquellos que ponen su fe en Él sobre esta realidad, aun mientras colgaba de la cruz, diciéndole al ladrón que colgaba junto a Él: «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Luc. 23:43). Allí en la cruz, Jesús entró al desierto supremo

de la muerte —el *tohu wabohu* supremo— en nuestro lugar, para que pudiéramos entrar a la vida abundante que Dios ha prometido.

Apenas después de la resurrección de Jesús, podemos percibir cómo la vida de un nuevo jardín irrumpe en el desierto del mundo. Juan declara: «Y en el lugar donde había sido crucificado, había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido puesto ninguno» (Juan 19:41). Sigue diciendo: «Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro; y mientras lloraba, se inclinó para mirar dentro del sepulcro; y vio a dos ángeles con vestiduras blancas, que estaban sentados el uno a la cabecera, y el otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido puesto» (Juan 20:11-12). Al parecer, la tumba vacía se había transformado en la entrada al nuevo jardín. Había dos ángeles allí para darles la bienvenida a aquellos que estuvieran dispuestos a identificarse con Jesús en Su muerte y resurrección. Leemos que María «dio la vuelta para irse y vio a alguien que estaba de pie allí. Era Jesús, pero ella no lo reconoció. —Apreciada mujer, ¿por qué lloras?—le preguntó Jesús—. ¿A quién buscas? Ella pensó que era el jardinero» (Juan 20:14-15, NTV).

«Ella pensó que era el jardinero...». Y por supuesto que lo era, ¡Él es el Jardinero! Este era el inicio de la nueva creación. El Jardinero estaba levantado al amanecer haciendo el trabajo en el que el primer Adán había fallado: extender los límites del paraíso al desierto de este mundo.³ Incluso ahora, la nueva creación está irrumpiendo en el desierto de nuestras vidas en este mundo. Sucede cuando nos identificamos con Jesús, cuando nos unimos a Él en Su muerte y Su resurrección. Es lo que quiso decir Pablo al declarar: «Si alguno está en Cristo, es una nueva creación» (2 Cor. 5:17, NVI). Es algo que irrumpe en nuestras vidas y nos cambia de personas espiritualmente muertas a personas espiritualmente vivas; personas que empiezan a experimentar —en parte, ahora, y en plenitud en la eternidad— la vida eterna, abundante y absolutamente satisfactoria de la cual Adán y Eva habrían disfrutado si hubieran aprobado la prueba del árbol en el Edén.⁴

Pero aun mientras digo esto, tal vez estés pensando: «Sí, eso puede ser cierto, pero mi vida sigue estando marcada de muchas

maneras por el desierto, la desilusión, el descontento y el vacío». Lo comprendo. La mía también. Esta realidad nos hace preguntarnos si realmente es posible vivir en el desierto de este mundo con alguna percepción real de la nueva creación que irrumpe en nuestro presente. La experiencia del apóstol Pablo de las espinas del desierto y del contentamiento del jardín venidero sugieren que sí es posible.

Su manera de expresar el dolor en su vida fue: «Una espina me fue clavada en el cuerpo» (2 Cor. 12:7, NVI). ¿Qué era esta espina? No lo sabemos. Lo que sí sabemos es que se trataba de algo mucho mayor que una pequeña incomodidad. La palabra griega que usa para *espina* se refiere a una estaca: un poste de madera afilado que se usaba para empalar a alguien. Así que, sea lo que fuera esta espina, Pablo se sentía empalado y aprisionado por ella. Menciona que le rogó muchas veces a Dios que se la quitara. Claramente, más allá de lo que fuera, le producía una agonía incesante.

La mayoría de nosotros, cuando sufrimos, preguntamos por qué. Pero Pablo no lo hizo. Parecía saber exactamente por qué se le había dado esta espina en la carne, y de dónde —o más precisamente, de quién— provenía. Pablo había recibido una visita guiada al paraíso, el lugar donde Dios habita. Este vistazo anticipado del paraíso es la clase de experiencia que podría hacer que una persona se inflara de orgullo espiritual. «Para evitar que me volviera presumido por estas sublimes revelaciones, una espina me fue clavada en el cuerpo» (2 Cor. 12:7, NVI). Cuando Pablo miraba la espina, veía la mano de Dios obrando en su vida, protegiéndolo de usar su increíble experiencia espiritual para sus propios fines egoístas. Sin embargo, está claro que no era lo único que veía en la espina.

Además, la describía como «un mensajero de Satanás, para que me atormentara». Satanás atormentaba a Pablo con la tentación de resentirse contra Dios por permitir que esta espina punzara su vida, que ya estaba repleta de dolores. Atormentaba a Pablo con la tentación de culpar a Dios y resentirse. Pero el apóstol tenía bien en claro que Satanás no estaba a cargo de la espina. Dios, en Su poder soberano, estaba usando con un propósito bueno lo que Satanás quería para

hacerle mal. Pablo entendía que Dios deseaba usar la espina para un propósito santificador en su vida.

Aún así, rogaba que le quitara la espina, que se terminara el dolor. Yo lo valoro mucho. Aun cuando podemos ver que Dios está usando las heridas en nuestras vidas para hacer algo bueno en nosotros, seguimos queriendo que el dolor se detenga. Pablo le rogó a Dios que se la quitara. Y se lo volvió a pedir. Y se lo volvió a pedir. Entonces, escuchó que Jesús mismo le decía: «Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Cor. 12:9).

La respuesta de Jesús a la oración justa, precisa y repetida de Pablo fue no quitarle la espina, sino darle la suficiente gracia que le permitiera soportar la vida con la espina. Pablo experimentaría el poder divino, no en la remoción de la espina, sino al verla redimida. «Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo», escribió (2 Cor. 12:9). Evidentemente, esta promesa del «poder de Cristo» —el mismo poder que le permitió a Jesús soportar la cruz y que lo levantó de los muertos— que viniera a reposar sobre él cambió la perspectiva de Pablo acerca de la espina que seguiría siendo una realidad en su vida día a día. Esta nueva perspectiva le permitió declarar: «Por lo cual me *contento* en las flaquezas, en las afrentas, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias por el Cristo; porque cuando soy flaco, entonces soy poderoso» (2 Cor. 12:10, JBS). Contentarse en el desierto. Contentarse por ahora en una tierra donde las espinas producen dolor.

¿Te parece posible? ¿Te parece posible contentarte aun si tus circunstancias no cambian? ¿Te parece posible abrirte a recibir un poder divino que cambiaría tu forma de pensar respecto a los lugares vacíos de tu vida?

Amigo mío, si eres débil —si estás desgastado por el trabajo, por la crítica, agotado por las exigencias o las desilusiones constantes—, si has tocado fondo, si se han esfumado tus delirios de fortaleza, entonces estás en el lugar ideal para ser lleno de la bondad de Dios. Por fin es posible llenarte. Eres completamente dependiente. Hay lugar para que el poder de Cristo descansa sobre ti de tal manera que te dé la fuerza para contentarte, incluso mientras sigues viviendo en el desierto de este mundo.

«Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (RVR1960). Esta era la realidad que moldeaba la vida de Pablo. Pero en realidad, la vida de Pablo se estaba conformando al patrón de la vida de Cristo. Jesús, el artesano que hizo el mundo, entró al desierto de Su mundo con la debilidad de un embrión en el vientre de Su madre. «Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto» (Isa. 53:3). A Jesús lo insultaron. «¿De Nazaret puede salir algo de bueno?» (Juan 1:46). Jesús experimentó dificultades. «Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza» (Luc. 9:58). Jesús enfrentó persecución. «Entonces le escupieron en el rostro, y le dieron de puñetazos, y otros le abofeteaban» (Mat. 26:67). Jesús experimentó calamidades. «[Herodes] ordenó decapitar a Juan en la cárcel. [...] Oyéndolo Jesús, se apartó de allí en una barca a un lugar desierto y apartado» (Mat. 14:10, 13).

Como verás, Jesús no solo entró al desierto de este mundo; el desierto de este mundo entró en Él. Jesús tenía una espina en la carne, muchas espinas presionadas contra Su tierna carne. Y si Él experimentó una espina en la carne, y nosotros hemos dicho que deseamos que nuestra vida se conforme a la de Él, se una a la de Él, ¿por qué nos sorprende tanto e incluso nos hace resentirnos sentir el dolor de una espina en nuestra carne, cuando experimentamos las agonías de una vida en un mundo de desierto?

La gente tiene sed de experiencias sobrenaturales: milagros de sanidad, visiones y sueños, una palabra personal de parte de Dios. Esta es la experiencia sobrenatural que Dios prometió: el poder de Cristo que viene a descansar sobre ti, a llenarte, para que puedas confiar en Él cuando te suceda lo peor que puedas imaginar; para que puedas contentarte en forma genuina, aunque no todavía perfecta, aun si Él no llena ese espacio vacío en el camino que tanto anhelas. Al menos, por ahora.

El contentamiento en el nuevo jardín

Verás, aquí es donde la historia de la Biblia cambia todo con respecto a tu historia, incluso el vacío y el descontento en tu historia. Llegará

el día en que las espinas y los cardos que son una señal tangible del impacto de la maldición sobre este mundo, una parte siempre presente en la vida en el desierto de este mundo, serán cosa del pasado. En Romanos, Pablo escribe:

Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. (Rom. 8:19-21)

El apóstol Juan pudo ver una visión de lo que sería el mundo cuando la creación sea libre de su esclavitud a la corrupción, cuando experimente la misma resurrección y renovación que experimentarán nuestros cuerpos cuando Cristo regrese y nos levante de nuestras tumbas, con cuerpos aptos para la vida en la tierra nueva. En el último capítulo de la Biblia, que describe el primer capítulo de la vida en el jardín nuevo donde se nos dará la bienvenida, Juan nos dice: «Y no habrá más maldición» (Apoc. 22:3). No más maldición. No más espinas que produzcan dolor. No más *tohu wabohu*. Las bondades y la gloria de un jardín aun mejor que el Edén se extenderán a los confines de la tierra. Y la bondad de Dios llenará cada parte de tu ser. No habrá más desilusión. No habrá más descontento. Todos los lugares vacíos serán llenados, y tus anhelos más profundos serán saciados.

Hasta que podamos cantar:

Guíame, oh gran Jehová,
Soy un peregrino aquí;
Soy débil, mas tú eres fuerte,
Abrázame en tu mano;
Pan del cielo, Pan del cielo,
Aliméntame siempre.
Aliméntame siempre.⁵